

CUMBRES DE LA REGION

HORNILLOS (996 metros)

ALAVA

Al Norte de la extensa planicie que frente a Santa Cruz de Campezo se dilata hasta tierras de Orbiso y Orbiso y Zúñiga, se levanta esta altura que tiene en su zona septentrional la aldea de Oteo, así como San Vicente y demás lugares del valle de Arana.

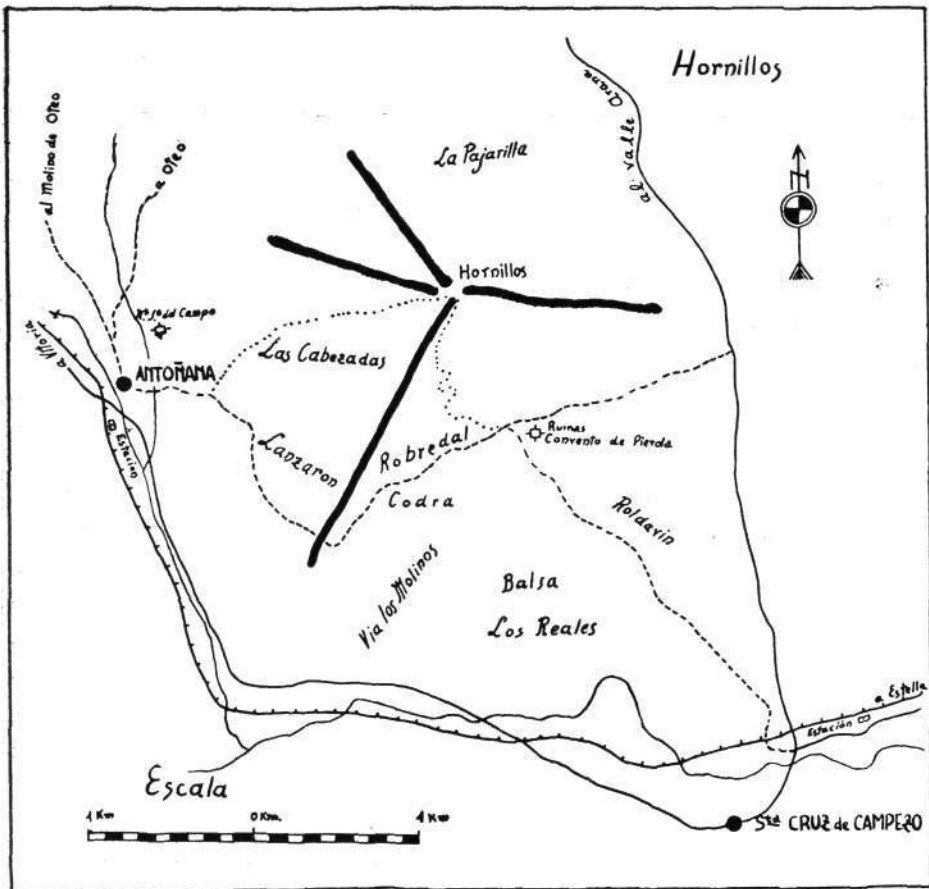
El punto más fácil y cómodo para llegar hasta su cumbre lo tenemos en Antoñana. Esta antigua villa, situada a 32 kms. de Vitoria, a la izquierda de la carretera a Santa Cruz y del río Ega, tiene actualmente estación en el f. c. de Estella, lo que la hace fácilmente accesible. En los guerreros tiempos de la Edad Media tuvo una importancia extraordinaria, ejerciendo jurisdicción sobre vastos territorios, mucho mayores que los que ahora abarca su término municipal. Perteneció, en principio, a los reyes navarros, concediéndole fueros Sancho el Sabio, según consta en privilegio fechado en Tudela en 1182, que se conservaba en la Cámara de Comptos de Navarra. Más tarde, a principios del siglo XIII, el rey Alfonso VIII de Castilla conquistó el valle de Campezo, tomando al mismo tiempo posesión de esta villa. En las armas que encontramos en los escudos que ostentan algunas casas, vemos las estrellas y calderas de los apellidos Rojas y Guzmán, señores, por cesión de Enrique II —año 1367—, de Antoñana, señorío que luego recayó en el condesado de Orgaz, que vio limitados sus derechos en varias ocasiones, hasta que en 1635, al propio tiempo que Santa Cruz de Campezo, logró emanciparse totalmente, entregando al monarca español los 5.000 ducados a cuyo pago se habían comprometido ambas villas en el año 1630.

Desde la carretera, apoyada en la vertiente occidental de Hornillos, Antoñana se nos ofrece con abatido y grave aspecto. De sus poderosas defensas no quedan más que restos de murallas, rotas para edificar algunas casas, cuyas angostas ventanas se abren sobre el río que corre al pie del pueblo, regando sus huertas; un decapitado torreón nos muestra su desmochada silueta; la yedra se abraza a un trozo de antigua pared para evitar su demoronamiento. Las casas, enclavadas sobre la roca viva, se agrupan en estrecho recinto, viéndose dominadas por la iglesia, de airosa torre, con sus columnas, su cúpula y su intern. Al costado del templo, se abre arcaica puerta de apuntado arco, y las dos calles.

PYRENAICA

que componen el pueblo son estrechas, sombrías, de duro y resbaladizo pavimento, como ya se ha indicado, algunas fachadas ostentan labrados escudos; siendo muy interesantes los soportales que presentan otros edificios.

La subida a Hornillos puede efectuarse en menos de una hora. Dejando a la derecha el camino de Piérola, se continúa por la orilla de unas heredades, al terminar éstas cambia la dirección, marchando ahora por un cascajal de sueltas piedras, entrando en seguida en un poblado bosque de hayas y plantas de boj; al poco rato cambia la vegetación, las hayas dejan lugar a hermosos arbustos de madroño o borto que nos ofrecen su fruto en colgantes racimos de variados colores, pasando del amarillo al rojo oscuro, según su grado de madurez (estas frutas reciben aquí el nombre de BORRUBIETES); más allá, según vamos elevándonos, desaparecen los bortos, siendo menor la altura que alcanzan los bojoes que se encuentran mezclados con rastreras plantas de hojas carnosas de verde vivo y fruto pequeño y redondeado, de rojo color, conocido con la denominación de ARENO-



PYRENAICA

SOS. Desde aquí se distingue un pequeño montón de piedras que señala la cumbre, al que llegamos en cortos instantes.

Desde la cima se nos presenta: al Norte, la ladera cubierta de boj que llega casi hasta Oteo; tras las elevaciones de Somorredondo y Horca se extiende el estrecho valle de Arana, limitado al poniente por Santa Teodosia y las tres Bitigarras. A la derecha, Lóquiz y la fragosa y extensa sierra de Urbasa. Por el mediodía, Santa Cruz, al pie del imponente macizo de Codés; la peña de Lapoblación, amenazadora en su esbelta silueta sobre los campos de Angostina y Marañón; las dos Picotas, y tras ellas los montes de Izquiz y la desigual línea formada por las Cordilleras de Cantabria y Toloño. Más a occidente, las tierras de Apellániz, dominadas por San Cristóbal, tras éste, Capilduy, y, al costado, las elevaciones de Berroci y Virgala, que se acercan a nosotros por el Alto de Arboro y Peña Rebita.

Para el regreso cambiamos de ruta en dirección a Santa Cruz, por un barranco que a corta distancia de la cima desciende rápidamente. La vereda es áspera, quebrada, en ocasiones tan estrecha que difícilmente podemos abrirnos paso entre la espesa maleza, pero no obstante, en numerosos y rápidos zig-zags vamos alcanzando la parte baja del monte. Debemos tener cuidado de no abandonar la senda, pues en ocasiones nos salen al paso torrenceras de sueltas piedras, de más amplitud que el camino que recorremos, y que al principio permiten fácilmente su tránsito, pero no llegaremos muy lejos, pues la parte inferior de la vertiente en que nos encontramos, presenta una ancha zona de paredes casi verticales por las que es muy arriesgada la bajada. Después de atravesar varios de estos cascajales, llegamos a la unión con el camino de Antoñana a Piérola.

Este antiguo y abandonado convento de Piérola, bien merece una rápida visita. Defendidos del Norte por el elevado muro que representa el alto de Hornillos, se levantan los escasos edificios dedicados antes a iglesia y residencia de los frailes franciscanos, hoy ocupados por labradora familia. Hermosos nogales se conservan en la zaguera de la casa, mientras en el frontis, unas espléndidas higueras nos ofrecen su sazonado fruto. El templo se halla dedicado a pajar, y un pequeño patio cuadrado, a modo de claustro, da carácter a este destrozado lugar.

De Piérola, podemos cruzar el llano y el río Ega, acuciando a la estación de Santa Cruz de Campezo; o volver por el camino de Antoñana que corre por la falda de Hornillos, sombreado en casi todo su trayecto, y que nos llevará al sitio de salida, cercano al pueblo. Desde este punto, podemos admirar, como despedida, el hermoso paisaje que presenta Antoñana en primer lugar, teniendo como telón de fondo, la Picota de Corres en una de sus más bonitas perspectivas, y entre ellos la esbelta silueta de unos chopos, agudos como guerreras lanzas que acompañan a la carretera, mirándose de paso en las revueltas aguas del Ega que prosiguen su eterno caminar.

PAGAZURI,

de la Excursionista «Manuel Iradier»